

# Homilía para el fin del año de la Fundación Komar 27/11/25<sup>1</sup>

Queridos hermanos y hermanas

Queridos amigos:

En esta última semana del año litúrgico, la Iglesia nos invita a hacer un alto: a mirar hacia atrás y revisar este año vivido —nuestros esfuerzos y tareas, nuestros aciertos y también nuestros límites— y, al mismo tiempo, a mirar hacia adelante, con los ojos puestos en Jesucristo, Rey del universo, como lo contemplamos el domingo pasado. Esa mirada litúrgica no es solo simbólica: señala al Señor de la historia, que es horizonte y base firme de nuestra esperanza teológica.

Y en el marco de la clausura de las actividades de la Fundación Komar, momento de evaluación y de esperanza, las lecturas de hoy nos hablan con fuerza.

## 1. Daniel y el Dios viviente

La primera lectura nos presenta a un hombre llamado Daniel: un hombre sabio y con responsabilidades, que vive en medio de la corte, de políticas de poder, de exigencias externas y tentaciones de acomodarse. Sin embargo, Daniel no cede. Aun cuando un decreto lo prohíbe bajo pena de muerte, él reza tres veces al día, y orienta su vida hacia Dios. Finalmente, cuando es arrojado al foso de los leones, Dios interviene y lo salva: *su ángel cerró las fauces de los leones*<sup>2</sup>. Daniel da testimonio de que su Dios no es un recuerdo lejano, sino un Dios presente, capaz de salvar, de sostener, de vivificar.

Podemos contemplar esa certeza en las palabras del Rey, quien afirma del Dios de Daniel: *Él es un Dios viviente, que permanece para siempre*<sup>3</sup>. Esa afirmación no es un eslogan ingenuo: es una confesión de fe profunda, que afirma que Dios está en la historia, con poder de acción, con fidelidad, con presencia.

Ese Dios viviente como sustento interior nos llama a nosotros hoy, en nuestras obligaciones académicas, en nuestra tarea de educadores, en el día a día donde muchas veces la rutina, el cansancio o la indiferencia pueden debilitarnos.

No estamos ante una idea neutra, ni ante un símbolo cultural. Estamos ante un Dios que da vida, que sostiene, que renueva, que da sentido. Y esa vivificación es, precisamente, la que mantiene viva la fidelidad de Daniel.

---

<sup>1</sup> Las lecturas fueron las del día, jueves de la XXXIV semana del tiempo ordinario: Dn 6, 12-28; Sal: Dn 3, 68.74; Ev: Lc 21, 20-28.

<sup>2</sup> Cfr. Dn 6, 23.

<sup>3</sup> Cfr. Dn 6, 28.

Nuestra vocación, profesoral o académica, ha de encontrar su firme apoyo en esa inalterable Vida divina: en la certeza de que nuestra entrega, aunque humana y limitada, es sostenida por Aquel que vive por siempre.

## 2. Evangelio: levantar la cabeza en medio de los signos de este tiempo

El pasaje del Evangelio de San Lucas que recién escuchamos, pinta un panorama de signos inquietantes: pueblos oprimidos, amenazas, angustias, conmociones sociales, crisis. Son imágenes fuertes, reflejo de la fragilidad humana, de la historia cargada de dolores, de incertidumbres.

Y en ese contexto, Jesús no propone una fe ingenua ni evasiva. Su mensaje no es de consuelo pasivo, sino de vigilancia activa, de esperanza firme, de memoria consciente. Con autoridad, Él dice: *Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación*<sup>4</sup>.

**Levanten la cabeza.** Es una orden esperanzadora. No, un escapismo; no, un optimismo irrespetuoso de la realidad. Es una postura de dignidad, de vigilancia espiritual, de esperanza teologal. Significa mantener la mirada en lo alto, aun cuando todo alrededor sugiera caos. Significa no dejarnos seducir por el fatalismo, ni apoyarnos únicamente en nuestras fuerzas humanas. Significa esperar —con la seguridad en Cristo— porque Dios actúa, su Reino ya empezó, y su triunfo definitivo está por cumplirse.

Para nosotros, que vivimos en el mundo académico, esta invitación tiene un peso especial. Porque muchas veces podemos estar tentados a plegarnos al pragmatismo, a medir todo solo con criterios técnicos, a olvidar la dimensión espiritual, ética y formativa de la labor educativa.

Pero la esperanza cristiana no se reduce a resultados medibles, a estadísticas o a títulos. Es la esperanza de quien confía en un Dios que da vida, que corrige, que libera: es la esperanza de quienes, con la cabeza levantada, se comprometen con la verdad, con la justicia, con la humanidad.

Caminar con la cabeza levantada... no como gesto arrogante, sino como actitud humilde, confiada; consciente del peso del mundo, del dolor, de las injusticias, pero sostenida por la fe en Dios vivo, por la esperanza que no defrauda, por la certeza de que Cristo Rey ya reina, aunque su Reino solo se vea a veces en semillas escondidas.

No podemos aquí evitar el recuerdo del porte del querido y tan venerado por todos nosotros profesor Emilio Komar: esa imagen luminosa, que aparece en sus sonrientes retratos y en las tapas de algunos de los libros que edita la Fundación. Era la expresión de su figura cuando estaba dando clase y, luego de mirar sus fichas o textos en el escritorio, levantaba la cabeza y decía con énfasis: ¡¿Comprende?! O también, la expresión suya cuando, después de haber entrado a la vieja capilla de la facultad en la

---

<sup>4</sup> Cfr. Lc 21, 28.

calle Cangallo y de haberse arrodillado con una inclinación profunda, en el último banco, para adorar al Santísimo, salía al patio y levantaba la cabeza para dirigirse al aula, al encuentro con sus alumnos.

### 3. Fe adulta, compromiso auténtico

Unir la experiencia de Daniel con la advertencia de Jesús nos deja rasgos de una espiritualidad adulta, madura: una fe que no se evade, sino que se encarna en la realidad; una esperanza que no se refugia en lo fácil, sino que se yergue con dignidad; y un compromiso que no se deja vencer por las coyunturas, sino que ofrece criterio, testimonio, presencia.

Para quienes enseñamos, investigamos, formamos, esta espiritualidad es fundamental. Porque la educación auténtica no consiste solo en transmitir conocimientos, sino en acompañar a personas: con sus dudas, su libertad, su búsqueda de sentido. No somos meros técnicos de la instrucción: somos agentes de humanización, testigos del Dios vivo, sembradores de esperanza, maestros.

Y en estos tiempos —marcados por incertidumbres y relativismos culturales, éticos, sociales— nuestra tarea requiere “cabeza levantada”, con humildad, coherencia, entrega profunda.

San Bernardo nos lo recuerda con ternura y firmeza: *Dios es fiel y no abandona a ninguno de los que esperan en Él*<sup>5</sup>. Y por ello podía decir también: *Para aquellos que anhelan la presencia del Dios vivo, el solo pensar en Él es dulzura*<sup>6</sup>.

Esa dulzura no es sentimentalismo: es la paz del alma, la convicción de la presencia divina, la luz que sostiene el cansancio, la esperanza que renueva el desánimo.

Tampoco aquí podemos evitar cerrar los ojos y honrar al maestro que nos ha convocado con su vida, su enseñanza, su ejemplo, y que irradiaba esa paz y esa luz propia del que vive la Verdad y la amistad con Cristo.

### 4. Conclusión: cerrar el año litúrgico con esperanza firme

Al concluir este año litúrgico, hagamos nuestra —como comunidad de reflexión, de educación y de fe— una palabra luminosa de san Bernardo, dicha cuando miraba a Cristo Resucitado y Ascendido a los cielos: *¿Tan pequeña es ahora la mano del Señor, que es incapaz de atender a todos? ¿No abre la mano y sacia de favores a todo viviente?*<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Cfr. *Sermón 1 de Adviento*.

<sup>6</sup> Cfr. *De diligendo Deo*, cap. XV.

<sup>7</sup> Cfr. *In Ascensione Domini Sermo*, Sermo Tertius, Cap 6, parr. 2.

. Que resuene su palabra en nosotros como certeza y consuelo. Pues, parafraseando sus ideas, podríamos decir también que *Cristo es dulce para quienes lo buscan y más dulce aún para quienes lo encuentran.*

Con esa certeza, con esa mano que nos sostiene, podemos alzar la cabeza.

Con fe viva, con esperanza firme, con compromiso auténtico.

Que el Dios viviente nos acompañe, renueve nuestras fuerzas, bendiga nuestra tarea formadora y nos haga testigos de su Reino.

Que María Santísima, en el mes dedicado especialmente a su devoción, en el que pronto entraremos, nos cubra con su maternal intercesión.

Amén.

✠ Eduardo María Taussig

Obispo Emérito de San Rafael